

AUTOBIOGRAFÍA, ESPACIO URBANO E IDENTIDAD DEL INTELLECTUAL ILUSTRADO: EL CASO DE MOR DE FUENTES

Fernando Durán López
Grupo de Estudios del Siglo XVIII
Universidad de Cádiz

Se lee frecuentemente que la autobiografía es un género que nace en el siglo XVIII, de la mano de la nueva conciencia burguesa, con su individualismo y su creencia en el valor de la personalidad construida en base al propio esfuerzo. Muchos críticos son rotundos en afirmar que el género parte de las *Confesiones* de Rousseau. Pero no hace falta ni siquiera observar que el título de la autobiografía del ginebrino remite a la de San Agustín, más de mil años anterior, para poner en duda la afirmación. En España, sin ir más lejos, hay un buen corpus en los siglos XVI y XVII, obra sobre todo de dos tipos sociales: religiosos (Santa Teresa es su más egregio representante, pero hay un número enorme de estas obras) y soldados o aventureros (Alonso de Contreras, Diego Duque de Estrada, Pedro Ordóñez de Ceballos, Jerónimo de Pasamonte, Miguel de Castro...) (1). Si consideramos también el subgénero de las memorias, veremos que una buena parte de la nutrida producción de "crónicas de Indias" entran en esta categoría (Cabeza de Vaca, Cortés...). También con anterioridad a Rousseau, contamos con la obra de Diego de Torres Villarroel, que ha sido vista como un anticipo de la autobiografía burguesa moderna (2).

La literatura autobiográfica gira en torno al problema de la identidad individual, de la concepción del "yo", de forma que se habrá de ir adaptando a las sucesivas manifestaciones de la autoconciencia humana. Habrá momentos en los que, por razones ideológicas o sociales, la identidad individual se vea menospreciada y, por lo tanto, el género que va ligado a ella no se cultive, como en la Edad Media. Por lo demás, la autobiografía ha dado muestras de un gran polimorfismo para

(1) La importancia del género en la España del XVI ha sido probada por Randolph D. Pope, que analiza catorce de estas obras tempranas en *La autobiografía española hasta Torres Villarroel*, Herbert Lang -Peter Lang, Berna- Frankfurt 1974.

(2) Russell P. Sebold, *Novela y autobiografía en la "Vida" de Torres Villarroel*, Ariel, Barcelona 1973.

ajustarse a lo que en cada momento los hombres han pensado de sí mismos. El problema viene de confundir una determinada manifestación histórica de la autobiografía –acaso la más importante– con la autobiografía misma. En el siglo XVIII lo que nace es una variedad del género centrada de una manera mucho más autoconsciente en torno a la glorificación del individuo, en estrecha relación con el encumbramiento de la burguesía. Si no se puede tomar la obra de Rousseau como punto de partida del género autobiográfico, sí se puede en cambio considerar como el principal jalón de esta variedad específicamente “moderna”, que además marca el momento en el que escribir la vida de uno mismo deja de considerarse una excepción que hay que justificar para convertirse en uno de los modos naturales de expresar la reflexión del individuo sobre su propia personalidad y trayectoria (3). A partir de entonces se produce esa eclosión de autobiografías y memorias (4), inicio de la gran época de la literatura del “yo”, de que se burló Larra (5).

En España el género autobiográfico laico sólo adquiere densidad editorial con los acontecimientos de 1808 en adelante, aunque muchos de los que entonces se deciden a tomar la pluma pertenecen a generaciones anteriores a la que realizó la primera revolución liberal. La ruptura del orden establecido, la libre circulación de ideas extranjeras, la puesta en cuestión de todas las verdades aceptadas y, sobre todo, el surgimiento de partidos políticos enfrentados en una lucha sin cuartel, en rápida alternancia de revolución y reacción, de guerra civil y exilio, de pronunciamiento y represión, son los motivos que llevan a un numeroso grupo de personajes a justificarse ante la opinión pública por hechos concretos de política doméstica: Jovellanos, Godoy, Escoiquiz, Ceballos, el marqués de Ayerbe, Palafox, Azanza y O’Farrill, Espoz y Mina, García Camba, Quintana, Rodil y un largo etcétera, sólo limitándonos a los que se refieren a acontecimientos políticos o bélicos de 1808 a 1833. La nómina completa sería muy extensa para recogerla aquí: hombres del Antiguo Régimen, políticos ilustrados, literatos comprometidos, militares, liberales radicales, oportunistas del momento, etc. Estas obras tienen en

(3) Pueden verse, sobre este aspecto, las consideraciones que en torno al surgimiento del género hace Georges May (*La autobiografía*, F.C.E., México 1982), quien destaca cómo los textos claves de todos los países occidentales aparecen más o menos en un mismo período de tiempo, a finales del XVIII.

(4) En este trabajo me referiré indistintamente a ambas modalidades autobiográficas, salvo indicación en contrario.

(5) Fígaro pensaba que la democratización de la imprenta tuvo como resultado mucho testimonialismo superfluo: “...de aquí ese torrente sin diques de memorias de la contemporánea, del contemporáneo, del ayuda de cámara, del médico, del barbero, del portero, de la mujer, del padre, del hijo, del hermano, del sobrino, y de los amigos y de los enemigos del hombre que ha hecho, que ha sonado, que ha intrigado, que ha mandado algo; memorias de su cocinero, de su repostero, de su querida y de su viuda acerca de la manera que tienen los hombres grandes de ponerse la corbata, de salir a paseo, de dormir, de estar despiertos; memorias de los que le han visto a todas horas, y de los que no le han visto a ninguna” (Mariano José de Larra, “Memorias originales del Príncipe de la Paz”, *Artículos de crítica literaria y artística*, Espasa-Calpe, Madrid 1975, p. 247. Artículos publicados en *El Español*, 22 y 24 de septiembre de 1836.

común el carácter de “memorias justificativas”, es decir, ese subgénero autobiográfico tan decimonónico que podríamos definir como crónicas autoapologéticas y con documentación de apoyo que persiguen la rehabilitación ante la opinión pública del honor dañado o no reconocido de un hombre público (6).

Éste es el componente que domina con claridad en la primera manifestación de la literatura autobiográfica española moderna. Pero en medio de tal eclosión más o menos repentina y muy ceñida a las servidumbres históricas del momento, encontramos algunas obras de otro cariz, más reflexivas y de mayor calado, que representan la versión autobiográfica de los intelectuales ilustrados: esto es, hombres criados en la confianza en la capacidad humana de mejorar el destino individual y colectivo, insertos en el impulso modernizador que supuso Carlos III, situando el mayor mérito del hombre en su aportación al bien común y en su formación intelectual, educados en la estimación equitativa de las letras, las ciencias y la técnica, de ideas clasicistas en literatura y progresistas en política (en una variada gama ideológica). Estos autores elaboran el equivalente español de la autobiografía moderna, rousseauniana (7), obras que tienen mucho más de autobiografía que de libro de memorias (aquí sí interesa mantener la distinción), ya que persiguen perfilar una personalidad completa a través de una trayectoria, unas opiniones, unos escritos o unos actos: a través de una vida, en suma. El centro relevante de interés es siempre el propio yo, aunque no suelen llegar al grado de introspección y subjetivismo que hoy exigiríamos de un autobiógrafo.

Me estoy refiriendo a una breve nómina de obras autobiográficas extensas y estructuradas escritas a principios del XIX, que apenas tienen parangón anterior en el siglo XVIII español, donde las autobiografías eran piezas excepcionales, o bien apuntes breves que no se escribían para editarlos, o impersonales listas de méritos escritas para la familia o para el reconocimiento oficial. Se trata de los libros de Juan Antonio Llorente (8), Joaquín Lorenzo Villanueva (9), José Mor de

(6) Sobre el carácter de restauración de la honra dañada ante una emergente y pujante “opinión pública” y sobre la importancia que la libertad de imprenta confiere a las defensas escritas han insistido los pocos críticos que se han acercado a este tema. Una formulación ejemplar se encuentra en el espléndido artículo de Francisco Sánchez Blanco, “Autobiografía y concepción del “yo” desde Mor de Fuentes a Ramón y Cajal”, *Revista canadiense de estudios hispánicos*, n.º 11 (1987), pp. 633-644.

(7) Digo esto en el sentido de que son los que primero cultivan en nuestro país esa línea de autobiografismo “moderno”, autoconsciente e individualista, que Rousseau inicia. No quiero decir que sigan la opción concreta que el ginebrino representa, ya que las diferencias son notables.

(8) *Noticia biográfica de Juan Antonio Llorente, o memorias para la historia de su vida, escritas por él mismo*, Bobée, París 1818 (12º XXXIV + 239 pp.).

(9) *Vida literaria de Don Joaquín Lorenzo Villanueva o Memoria de sus escritos y de sus opiniones eclesiásticas y políticas, y de algunos sucesos notables de su tiempo, con un apéndice de documentos relativos a la historia del concilio de Trento. Escrita por él mismo*, A. Macintosh, Londres 1825 (2 vols.: XVI + 432 pp. / VIII + 470 pp.).

Fuentes (10) y José María Blanco-White (11) (publicados contemporáneamente); y también los de Francisco Arias de Saavedra (12) y Juan Antonio Posse (13) (inéditos hasta época reciente).

De éstos, el más viejo y también el que encaja mejor en el perfil puro de la Ilustración española es Arias de Saavedra (nacido en 1746); el más joven, y también el menos clasificable dentro de los parámetros españoles habituales es Blanco-White (en 1775). No son, pues, miembros de una misma generación, ni mucho menos un grupo homogéneo. Pero tienen en común, y por eso los agrupo aquí, una misma formación intelectual (rechazo al escolasticismo y a la educación recibida en la Universidad, lecturas francesas y grecolatinas, clasicismo literario, interés por las ciencias...), unas parecidas inquietudes políticas y religiosas y una insatisfacción semejante hacia las estructuras del Antiguo Régimen. Todos ellos responden, en mayor o menor medida, a la categoría de intelectual ilustrado, netamente diferente de los escritores o eruditos cortesanos de épocas anteriores y también de los políticos-escritores y escritores profesionales del romanticismo y el mundo burgués decimonónico. Pero sobre todo tienen en común que todos ellos, involucrados o no en los turbulentos sucesos del momento (14), levantaron la vista de la mezquina actualidad para realizar ese ejercicio en que consiste lo más genuino de la autobiografía: echar la mirada hacia atrás para bus-

-
- (10) *Bosquejillo de la vida y escritos de D. José Mor de Fuentes, delineado por él mismo*, Imprenta de D. Antonio Bergnes, Barcelona 1836 (288 pp.). Citaré siempre por la edición de Miguel Artola Gallego: *Memorias de tiempos de Fernando VII*, Ediciones Atlas, Madrid 1957 (BAE 97, pp. 373-428).
 - (11) *The Life of the Rev. Joseph Blanco White, written by himself with portions of his correspondence* (edición de John Hamilton Thom), Chapman, Londres 1845 (4^o, XII + 501 / IX + 362 / X + 480 pp.). Escrita en inglés.
 - (12) Las memorias de este político, al parecer muy extensas, se conservan en Granada. Una selección, de tipo más divulgativo que crítico, se ha publicado hace poco: *Memorias inéditas de un ministro ilustrado*, Editorial Castillejo, Sevilla 1992 (a nombre del editor, Manuel Moreno Alonso).
 - (13) Este texto permaneció inédito hasta que lo publicó parcialmente Gumersindo de Azcárate en *La Lectura* a principios del XX; recogió esa edición recientemente Herr: *Memorias del cura liberal don Juan Antonio Posse, con su Discurso sobre la Constitución de 1812*. Edición a cargo de Richard Herr, Centro de Investigaciones Sociológicas - Siglo XXI, Madrid 1984 (293 pp.).
 - (14) Saavedra, ministro de Carlos IV, miembro de la Junta Central y de la primera Regencia, era un clásico político de formación carlotercerista. Llorente fue un clérigo jansenista y afrancesado, que se encargó de los archivos de la Inquisición, cuando los franceses la abolieron. Villanueva, otro clérigo, perteneció a las Cortes de Cádiz y allí se constituyó en uno de los ideólogos del grupo liberal en temas religiosos. Blanco-White, sacerdote igualmente, apoyó ideas liberales como redactor del *Semanario patriótico* y, desde Londres, como director de *El Español*, donde su apoyo a la independencia americana le granjeó el odio de los patriotas españoles; más tarde se hizo anglicano y propagandista anticatólico. Posse, oscuro cura de provincias de ideas jansenistas, fue ferviente partidario de la Constitución gaditana, por lo que lo encarcelaron. Mor de Fuentes apenas participó en política (significativamente, es el único que publicó su obra en España), aunque era de ideas progresistas y permaneció semidesterrado en su pueblo (Monzón) durante los períodos absolutistas.

car en la propia trayectoria vital las constantes o los momentos de crisis que desvelan una personalidad. Si no escribieron memorias justificativas no fue porque no tuvieran motivos para hacerlo, ya que de hecho tienen esos motivos y en ocasiones suponen la razón principal de ponerse a escribir. Pero lo que nos importa aquí es que optaron por justificarse globalmente, explicándose a lo largo de una vida y no sólo en los momentos críticos de sus carreras públicas. Este paso de la memoria coyuntural a la autobiografía se ve perfectamente en Juan Antonio Posse:

“Los últimos acontecimientos de mi vida han excitado la curiosidad de muchas personas, especialmente de mis amigos que me estimularon a escribirlos. Por mucho tiempo no hice caso de sus persuasiones; hasta que, libre de otros negocios, me he puesto a pensar sobre éste. Desde luego me pareció que mis trabajos y persecuciones no me eran tan particulares que no fuesen la herencia de Adán, común a todos los hombres. En seguida, *considerando que estos mismos hechos decían relación y dependían unos de otros, y que no podían escribirse aislados, sino todos juntos, comenzando desde el principio de mi carrera, traté de hacer un recuerdo de toda mi vida para componer la Biografía de mí mismo, sin adular mis defectos y sin amor ni parcialidad hacia las personas con quienes he tenido que chocar*” (15).

No hay, pues, más justificación que la que explica los propios actos y opiniones desde el conjunto coherente de una personalidad, viene a decirnos este clérigo gallego. El afán de explicarse por entero desde la confianza en el valor del propio “yo” es lo que emparenta a esta serie de autores con la tradición de la autobiografía moderna representada por Rousseau.

Entrando en la concepción del “yo” que se ve en este grupo de autores, en seguida se pone de relieve que se conciben ante todo como “intelectuales”, aunque ellos no usen esa palabra. No se trata todavía del burgués enriquecido que se aficiona a las letras, pero cuyo mérito principal es una posición social adquirida con el dinero o la actividad política, sino de personas formadas en el Antiguo Régimen, de educación clasicista y clerical. Observando los textos aun superficialmente, se comprueba que lo que les interesa resaltar de sus vidas no es, desde luego, la intimidad ni tampoco la gloria de una destacada carrera política o militar (aunque varios de ellos también entren en esos temas); lo que destacan como mayor timbre de honor es su educación, su gusto literario y artístico, su curiosidad ante todos los campos de la cultura, el arte o las ciencias, sus opiniones sobre temas eruditos o filosóficos o teológicos y sus aportaciones personales en opiniones u obras. De ahí títulos como *Vida literaria... o memorias de sus escritos y de sus opiniones eclesiásticas y políticas...* y *Bosquejillo de la vida y escritos...* Francisco Sánchez Blanco ejemplifica esta actitud con Villanueva:

(15) *Ob. cit.*, p. 11. Modernizo la ortografía; el subrayado es mío.

“Lo principal que tiene que comunicar Villanueva al público es su pensamiento y su intervención a favor de ideas y valores propios de un hombre ilustrado. Fuera de su perspectiva está el satisfacer la curiosidad acerca de su vida privada o el explicar conflictos internos de su propia evolución intelectual. Él identifica su personalidad con los argumentos que aporta y con las ideas que sostiene. En cierta forma vemos reflejada una visión intelectualista de sí mismo fácilmente localizable entre los círculos ilustrados” (16).

Es notable, en este sentido, la insistencia en explicar detalladamente su educación, sus distintas etapas escolares, sus lecturas, el nacimiento de sus aficiones literarias y todos los pasos en la carrera de las letras, elemento que domina claramente cualquier otro. De su infancia lo único que nos cuenta Mor es su afición a la lectura:

“Yo, sin embargo, me aferraba más y más en mi pasión a la lectura, encerrándome con el *Quijote*, Solís, etc., a la parte de fuera del balcón más retirado que caía hacia el interior de la casa. Esto sucedía a la edad de seis o siete años; a la de diez traduje los tres primeros libros de Solís en latín, compeuse muchos versos latinos, pero ninguno en castellano. Como a los once años, contrastando los ayes y lágrimas de mi inconsolable madre, se empeñaron mis deudos y allegados en que había de ir a helarme por la lobreguez de la tristísima y barbarísima Universidad de Zaragoza, a decorar a viva fuerza las irracionalidades de la rancia filosofía peripatética” (p. 375).

Analizando comparativamente estos textos se podría tener un perfil de lo que los intelectuales de la Ilustración tardía, a caballo ya del liberalismo y el romanticismo, pero sin sentirse dentro de estos movimientos, pensaban de sí mismos: es decir, de su conciencia de identidad como intelectuales. Éste es trabajo que me gustaría realizar en otra ocasión; aquí me limitaré a extraer una parte de este perfil, que lo relaciona con el espacio urbano, apoyándome en el texto del olvidado poeta aragonés José Mor de Fuentes (17).

(16) Art. cit., p. 635.

(17) José Mor de Fuentes (Monzón, Huesca, 1762-1848) era el segundón de una buena familia no muy acomodada. Estudió en la Universidad de Zaragoza y en el Seminario de Vergara. Se hizo marino y participó, sin destacar, en la guerra contra la República Francesa. En 1800 dejó la milicia para dedicarse a la literatura. Autor de novelas, muchas poesías, traducciones y otra serie de obras variadas, no llegó realmente a destacar, ni mucho menos obtuvo una posición económica desahogada. Fue testigo del 2 de mayo en Madrid y tomó parte en la defensa de Zaragoza. Durante el período absolutista se retiró a Monzón. En 1833 permaneció varios meses en París, suceso que, en cierto modo, consideraba el más importante de su vida, como veremos. Luego se instaló en Barcelona, donde escribió y publicó su autobiografía y otras obras, gracias a la amistad (a veces casi compasión) del editor Antonio Bergnes. Murió en la pobreza. Sobre la autobiografía véase: Emilio Quintana Pareja, “José Mor de Fuentes (1762-1848) y la escritura autobiográfica de su tiempo”, *Escritura autobiográfica. Actas del II Seminario Internacional del Instituto de Semiótica literaria y teatral. Madrid, UNED, 1-3 de julio, 1992*, Visor Libros, Madrid 1993, pp. 333-341.

En lo que respecta a la ciudad, lo primero que hay que indicar es que la literatura autobiográfica no informará directamente sobre ella (ni tampoco sobre la imagen de la naturaleza, las creencias religiosas, las interpretaciones históricas...) más que en lo que sirva para recortar una determinada silueta de la identidad del autor-protagonista. No será, por tanto, el centro prioritario de interés. Pero una vida siempre se ha de desarrollar en un espacio y un tiempo concretos, y se ve inevitablemente determinada por éstos. La selección de datos de la realidad circundante en una autobiografía nos informará, por consiguiente, de una visión del mundo y de la propia identidad. El espacio en el que el intelectual ilustrado vive, y por el que se define, es el espacio urbano; y no simplemente la ciudad como núcleo de poder o como aglomeración humana, sino muy en particular la ciudad concebida como centro cultural, como depositaria de los tesoros del saber y como lugar de reunión y de trabajo de los hombres sabios, sus iguales. Estos autobiógrafos, al contrario que otros escritores de antes y de después, no se ocupan —o lo hacen muy secundariamente— del ambiente popular, de la vida vulgar de los burgueses, ni del abigarrado submundo de prostitutas, pícaros y soldados, ni de los altos manejos de los gobernantes y cortesanos, todos ellos ambientes tan legítimamente urbanos como el de las Academias y Museos. Daré a continuación algunos ejemplos.

Francisco Arias de Saavedra visitó Barcelona por primera vez entre el 29 de septiembre y el 12 de octubre de 1773; en tan pocos días se impuso un estricto programa de visitas:

“Nada digno de curiosidad dejé de ver en este pueblo: registré todas sus fortificaciones, examiné sus templos y edificios públicos, que respiran su antigua magnificencia, recorrí sus paseos y especialmente el que reina por encima y alrededor de toda la muralla me gustó sobremanera. Vi una cosa que pocos ven, de que tenía noticia, anticipada por Mayáns, y es el Archivo General de Aragón, que está situado en unos grandes salones subterráneos muy secos y bien dispuestos del Palau o Palacio del Capitán General. Los papeles están bien ordenados y se hallan allí entre otras curiosidades la colección general de las Cortes de aquel Reino con sus correspondientes procesos colocados por fechas. Ese magnífico archivo lo disfrutó el grande analista Zurita, que tal vez contribuyó a su buen orden.

En Barcelona cumplí mis 27 años. Algunos de aquellos días los dedicaba a ver muy por menor el recinto de la ciudad con todas sus obras, la Ciudadela, el castillo de Montjuich y la fundición de artillería. También recorrí la nueva Barceloneta y me sentí poseído de cierta suspensión respetuosa al ver el sepulcro de mi paisano el Marqués de la Mina. Otro día lo empleé en examinar la Academia de los cadetes y los estudios y ejercicios que en ella se hacen. Últimamente pasé un día entero en el convento de capuchinos de

Sarriá, donde hay parajes amenos y muy pintorescos, sin dejar de ver a ida y vuelta algunas bonitas casas de campo. La del virrey Amat es digna de un monarca" (18).

Obsérvese la importancia concedida al archivo sobre cualquier otro elemento de una ciudad como Barcelona, populosa y llena de vida social. Saavedra tiene plena conciencia del carácter elitista de sus gustos ("vi una cosa que pocos ven") y se siente orgulloso de haber ido por la recomendación de un sabio tan prestigioso como Mayáns.

Otro tanto se lee en las memorias de José Mor de Fuentes. Cuando era marino, visitó Florencia, y esto es lo que le llamó la atención lo suficiente para incluirlo en un relativamente breve recuento de su existencia:

"Fuimos a la hermosa Florencia, donde nos agasajaron sobremanera, habiéndonos franqueado un palco de los principales en el teatro de la Pér-gola, junto al de la preciosa marquesa de Bentivoglio, una de las bellezas florentinas que realzaba en extremo, con su agrado, las infinitas y brillantes prendas exteriores.

Vimos, por supuesto, la famosa galería, el tesoro quizá más peregrino de artefactos sublimes que jamás hubo en el orbe, y logré también el gusto de ver un manuscrito de Virgilio de más de mil trescientos años de antigüedad, pues tenía al fin los nombres de los cónsules de Roma cuando se escribió. Estaba todo en mayúsculas, y leí los diez o doce primeros versos de *La Eneida*. Lo guardaban en cajas redobladas con un esmero imponderable. Vimos en la iglesia de Santa Cruz el túmulo de Galileo frente al de Maquiavelo. *Nulli ingenio impar*, dice en este último" (p. 378).

Vida mundana, una civilización refinada y próspera y, sobre todo, cultura: ése es el medio ambiente que conforma la imagen que Mor, Saavedra y otros intelectuales tienen de sí mismos y eso es algo que sólo pueden encontrar en la ciudad. El caso de Mor es ejemplar. Su deseo de triunfar en la carrera literaria quedó frustrado (fracaso que nunca admite) y, por una u otra razón, tuvo que permanecer largos períodos alejado del ambiente urbano y cultivado en el que deseaba vivir. El campo le resulta aburridísimo: cuando habla de su pueblo, Monzón, suele referirse a la "secatura" provinciana. Esta ansia de vivir con un fuerte trato social y ambiente intelectual a su alrededor (que sólo halla en la ciudad), es una constante en toda la autobiografía.

En su juventud, Mor estuvo comisionado por la Marina para cortar madera

(18) *Ob. cit.*, pp. 90-91. Al considerar las citas de Saavedra téngase en cuenta que la edición manejada es una selección sin indicaciones críticas que no permite hacerse una idea fiable del conjunto.

en la sierra de Segura, llevando una vida campestre; en determinado momento, tras la marcha de unas cómicas, el pueblo se convierte en uno como cualquier otro:

“La orfandad, en parte, nos alcanzó a todos, pues Hellín volvió a la secatura característica de todo pueblo subalterno...” (p. 377).

Cuando le destinan a Comillas para organizar un Seminario de Estudios según el modelo del de Vergara, que no llegó a ponerse en marcha, tiene poco trabajo y de nuevo se aburre en esa vida rural cuya única salida es la dedicación a sus amadas letras:

“...dediqué mi vagar a darle nuevos aumentos [a su novela *La Serafina*] (...). Con esta ocupación y las distracciones fútiles de jugar a la pelota y pasear por la marina se trampeaba el tiempo, yéndome también a Santander, pueblo apreciable, donde había compañeros y amigos y señoras de excelente trato” (p. 382).

Con su reclusión en Monzón después de 1814 Mor vuelve a experimentar la presión de una vida provinciana:

“Para tal cual amenizar mi secatura lugareña me dediqué con ahínco a mis rezagadísimas *Estaciones* y a otras tareas literarias” (p. 394).

Los lugareños le parecen “ociosos e incultos” (p. 394) y procura escaparse en cuanto puede a la ciudad más cercana:

“Pasaba algunas temporadillas en Zaragoza, donde disfrutaba la intimidad del apreciadísimo D. Martín Garay y de otros amigos más o menos interesantes” (p. 395).

“Con estas alternativas [proyecto de un canal] se trampeaba el aburrimiento lugareño, cuando sobrevino la novedad del levantamiento de la isla de León y restablecimiento del sistema constitucional” (p. 395).

El Trienio le permitió reintegrarse en la vida madrileña, donde, no obstante, fue incapaz de encontrar un lugar adecuado o algún cargo público. Eso, y más tarde el retorno del absolutismo, le obliga a regresar a Aragón. En un determinado momento del texto, Mor cae en la cuenta de que no ha hablado de los sitios en los que ha vivido y nos da su idea de la vida en el campo:

“Por abreviar estos apuntes se ha orillado toda descripción de los países que he ido viendo o habitando, y así, del mío sólo diré que tiene una vega

amenísima, con frutales, particularmente cerezos hermosísimos, pero se escasea, como en todo pueblo corto, de racionalidad entre nosotros, sin más recurso que el ridículo juego de naipes y la chismografía bárbara y mohosa” (p. 396).

Tras su primer periplo francés, al regresar a su pueblo, dice que está: “Reempezado en mi secatura monzonera, como solía yo llamarla...” (p. 398). Existe, pues, una clara conciencia en este autor, como en varios más de los que vengo citando en este artículo, de que la ciudad es el lugar natural para ellos; encontrarán el campo, no como el “locus amoenus” de los versos que, sin embargo, siguen escribiendo, sino como un desolado destierro en que queman sus posibilidades vitales. Por eso sus obras describen con mucho más detalle y detenimiento los espacios urbanos que han tenido ocasión de frecuentar y apenas se demoran en el paisaje rural (19) o en la naturaleza circundante, que también frecuentaron. Mor pasó más años de su vida en Monzón que en otro lugar cualquiera, pero no dedica más de dos líneas a describir su pueblo natal, mientras que se extenderá en cuatro meses de estancia en París, verdadero gran suceso de su vida, a juzgar por el tratamiento narrativo que le da.

En efecto, más de la mitad de la autobiografía de Mor consiste en la detallada crónica de un viaje a Francia. Por momentos, esta parte del libro se asemeja a una especie de guía turística. Es bien sabida la importancia que la observación y análisis de la realidad posee para los intelectuales ilustrados, y el notable papel que el género “libro de viajes” adquirió para esta labor (20). También se ha hecho notar (21) la facilidad con que tanto la autobiografía como el diario derivan en este período hacia el género viajero. Y no se trata de una literatura de viajes centrada en lo pintoresco de las costumbres, el color local o el paisaje: existe una marcadísima hegemonía del espacio urbano, y además del espacio urbano más desarrollado y civilizado, el que presenta una mayor riqueza intelectual y de trato social, porque estos hombres, al contrario que los románticos, no viajan para obtener emociones fuertes o tomar contacto con pasiones primitivas, sino para formarse y aprender. El viaje es un modo de sacudirse la atonía provinciana.

(19) Juan Antonio Posse supone una excepción, pues nació en un pueblo gallego de pocas casas y casi toda su vida la pasó como párroco en pequeñas localidades de León. Llevó, pues, una existencia rural.

(20) Véase, por ejemplo: Gaspar Gómez de la Serna, *Los viajeros de la Ilustración*, Alianza Editorial, Madrid 1974.

(21) Amalia Cano Calderón, “Los diarios de Jovellanos entre los de su época”, *Calígrama*, n.º 3 (1986), pp. 75-87. Ejemplifica esta tendencia con los diarios de Jovellanos, Moratín y Malaspina, y las autobiografías de Mor y Llorente. Por su parte, May hace extensivo ese cruce al conjunto del género autobiográfico: “De todos los géneros o subgéneros anexos o conexos a las memorias y al periodismo, a los que la autobiografía no cesa de tomar como modelos, existe uno que parece gozar de un privilegio excepcional: la narración de viajes” (Georges May, *ob. cit.*, p. 162).

Viajan para abrir sus mentes a todo lo nuevo, para regenerar sus almas con lo que ven y para estar a tono con el mundo moderno (por eso van a Francia, Inglaterra...). El viaje, pues, tiene una trascendencia personal, formativa, que es la que reclama el importante espacio que ocupa en autobiografías como la de Mor. Como escribió Erasmo, y pudo haber escrito cualquier ilustrado, el viaje “es como un injerto en los espíritus, que los ablanda y les hace soltar lo que puede haber de salvaje en su naturaleza” (22).

Lo que me interesa destacar en estas páginas no es el tipo de libro de viajes que efectúa este autobiógrafo, sino el proceso mediante el cual un libro de viajes se convierte en elemento definidor de una identidad individual: es decir, qué concepción del “yo” se deriva de una autobiografía que deviene libro de viajes. La virtualidad autobiográfica de estas secciones en el libro de Mor provienen, como ya he dicho, de una concepción del “yo” como sujeto intelectual antes que cualquier otra cosa. De esta forma, los viajes por Francia sirven para perfilar la importancia y calidad de la obra literaria de Mor, a través de un razonamiento que puede resumirse del siguiente modo: lo más ennoblecedor de un hombre es su dedicación a las letras y su preparación intelectual; Francia es el país más culto y desarrollado del mundo; luego el reconocimiento intelectual de un español en Francia es objetivamente el más ennoblecedor a que un hombre de letras puede aspirar. De ahí la insistencia en los honores y éxitos cobrados en tierra gala (mucho más desarrollados en el texto que todos los que pudo haber obtenido en España). Su propia definición como individuo, nucleada en torno a su valía intelectual, queda, pues, perfilada a través de sus éxitos en Francia. La evocación de sus estancias transpirenaicas están llenas de la crónica de sus escritos poéticos en francés, sus éxitos literarios en Academias y reuniones sociales, su asistencia a los grandes centros del saber en las letras y las ciencias. Así describe Sánchez Blanco esta actitud:

“Él muestra cómo un español entra a formar parte de la sociedad internacional de los hombres de letras. Su vida traza el arquetipo de hombre que por aquellos años se pretendía lograr mediante la reforma de la universidad: un hombre igualmente formado en las humanidades clásicas y en las nuevas disciplinas técnicas.

Debido a la atención que Mor de Fuentes dedica en su autobiografía al aspecto de la formación, no puede extrañar que, siguiendo la tradición ilustrada, el “viaje” ocupe un amplio lugar. En él no hay aventuras en los caminos, ni secuencias temporales; la meta del viaje es lo importante, la cual no es otra que la ciudad y las impresiones que ésta causa en el visitante, dándose

(22) “Haec est ingeniorum velut insitio, qua mitescunt ac naturam exuunt sylvestrem, si qua habent”, Carta a Juan de Vergara, de 1553 (cit. en Marcel Bataillon, *Erasmo y España*, FCE, México 1986, p. 492).

la situación paradójica que la autobiografía parece olvidarse totalmente del sujeto para convertirse en una descripción objetiva de paisajes rurales o urbanos. Sin embargo, esto es la consecuencia normal de la antropología (Condillac, Destutt-Tracy) que por entonces predomina en la filosofía y según la cual la vida anímica consiste fundamentalmente en impresiones de los sentidos” (23).

El espacio circundante sirve para describir y definir al individuo y, tal como Mor se considera a sí mismo, sólo puede ser descrito y definido a través de un espacio urbano. Hay, pues, una correspondencia entre ciudad e identidad intelectual. Mor (como otros) piensa en sí como erudito, literato, conocedor de las ciencias y las letras, y tiene la convicción de que la ciudad es el lugar natural para desarrollar ese aspecto. Definiendo, describiendo la ciudad ellos se definen y describen a sí mismos. París (pero antes Madrid y luego Barcelona) supone en la vida de Mor una liberación, la culminación de su propia autoconciencia, el desarrollo del papel que pretende representar en el mundo, y en Monzón, en cambio, se siente alienado, condenado a una vida de mezquindades provincianas, chismorreos y juego de cartas.

Esta estructura y este principio de construcción de la identidad intelectual a través del reconocimiento foráneo encuentra su mejor expresión en la extensa parte del libro titulada “París”, dedicada a su estancia de 1833 en la gran ciudad del momento, cumbre del horizonte cultural del poeta aragonés. Leyendo a Mor, da la impresión de que su propia confianza en sí mismo, sus ambiciones, se ven reforzadas por el contacto con la Ciudad por antonomasia y por las visitas a sus monumentos, sus paseos y calles, y sus instituciones culturales.

Y es que un porcentaje altísimo, casi único elemento, de esta larga sección se dedica a la crónica de sus visitas y sus opiniones críticas sobre ellas. Empieza, nada más llegar, con una visita a la Biblioteca Real y la asistencia a una función en la Sociedad Libre de Nobles Artes, pero a esto siguen, entre otras, las librerías, los teatros, la Academia de Ciencias, la escuela de Medicina, la Casa de la Moneda, la biblioteca de Mazarino, el Louvre, unas instalaciones hidráulicas en construcción, el Jardín Botánico, la Casa de fieras (el zoológico), una fábrica de tapices, las dos cámaras del Parlamento, exposiciones de pintura y de maquinaria moderna, Versalles, prácticamente todas las iglesias y lugares artísticamente importantes, etc. Pero también, en un lugar más secundario, anota sus impresiones sobre el empedrado de las calles, el abastecimiento de comida, el alumbrado público, la limpieza, los precios de las cosas, la ordenación urbanística y otros aspectos de una ordenada y próspera vida ciudadana.

Si tuviésemos que sistematizar la actitud de Mor ante París, resaltarían sin duda dos elementos presentes de una forma u otra en todas las visitas y comentarios que, con el rigor de una guía turística, incluye en su autobiografía, y que

(23) Art. cit., pp. 636-637.

suponen los dos polos sobre los que oscila el poeta aragonés ante una gran ciudad: admiración por la rica vida cultural y la grandeza urbana de un país próspero, culto y bien organizado; y una cierta antipatía (con ribetes de provincianismo) hacia los rasgos más acusados de la vida moderna urbana. El primero de estos polos, que sitúa a Mor en una posición de inferioridad respecto a los franceses en cuanto español (pero de superioridad respecto al resto de los españoles, precisamente por haber efectuado esta visita) se desprende automáticamente de la idea, que vengo resaltando desde el principio, de la ciudad como elemento constitutivo de la identidad intelectual en aquel momento histórico.

Prefiero insistir ahora sobre el segundo polo, que marca las limitaciones de la actitud de Mor y, al mismo tiempo, su incapacidad de incorporarse ya a los aspectos más avanzados (en lo bueno o en lo malo) de la vida urbana, burguesa. Mor siente apego, un apego un tanto provinciano, propio también de su avanzada edad en aquellos momentos (casi setenta años), hacia elementos de orden, de solidez e inmovilismo social, que se ven superados en París (ya que todavía no en España) por la dinámica del crecimiento urbano y el desarrollo de una economía capitalista dominada por burgueses adinerados. Mor tiene una mentalidad propia de la Ilustración, cuando ésa era una fase superada en Europa. Así, se indigna ante el triunfo de la literatura romántica (24). También le escandalizan la prostitución regulada y que paga impuestos (p. 413) y la existencia de urinarios en las calles (p. 414). Muestra asimismo su disconformidad con el predominio del dinero sobre cualquier otro valor (25), rasgo característico de una sociedad burguesa, así como con la falta de cortesías hacia las mujeres y la excesiva libertad de éstas (p. 413). También le incomoda la ausencia de un trato social más comunicativo y la excesiva mundanidad de las fiestas (26); la frivolidad en las modas (pp. 414-415) y la vanidad de poner nombres enaltecedores a actividades vulgares (p. 415); la existencia de colas en los teatros para comprar entradas (p. 413). Un aspecto sobre el que, de una u otra forma, siempre vuelve es la diferencia de educación, trato y costumbres de las mujeres francesas respecto a las españolas, que le causan continua extrañeza:

“Se observa [en la Biblioteca Real] silencioso decoro, y he visto señoritas

-
- (24) O “anovelada”, que es como traduce Mor el término “romántico” (p. 406). Insiste en su crítica a esta literatura en varios lugares de su obra.
- (25) Mor de Fuentes tuvo siempre bastantes problemas económicos y eso se deja notar, además de en sus frecuentes quejas, en la puntillosa afición a reseñar el precio de las cosas.
- (26) “...allí apenas se conoce este género de comunicación que se llama *trato* y es tan halagüeño y entrañable en Madrid, en Cartagena, en Zaragoza y otros pueblos. Suelen juntarse los conocidos en una especie de saraos o tertuliones llamados *soirées*, donde bailotean, se arremolinan y alborotan, y vienen a ser como si se vieran en el teatro, en los paseos, en fin, en una publicidad, lo que nada tiene que ver con los enlaces afectuosos y las manifestaciones mutuas de la intimidad y de la confianza” (p. 414).

muy lindas leyendo entre los hombres, sin que a nadie le ocurriese el desmandarse con ellas, ni mucho menos interrumpirlas” (p. 404) (27).

En fin, la doble actitud, admiración ante progreso y cultura y escándalo ante una sociedad urbana demasiado avanzada para su mentalidad, son los dos ejes de la relación entre la ciudad y un intelectual español, Mor de Fuentes, a quien he tomado como ejemplo para un cierto estilo de autobiografía que se hacía en estos años fundacionales del género autobiográfico moderno en España. Vuelvo ahora a insistir en la importancia de la ciudad como elemento en el que y por el que se define parte de la identidad intelectual de estos autores.

Esta migración de la cultura a la ciudad y esta consideración de la ciudad ante todo como centro cultural representan otro síntoma de la definitiva urbanización de la cultura y la vida europeas en el siglo XIX, anterior incluso al desarrollo industrial y al giro demográfico que provocará la despoblación de los campos del continente. Desde la Edad Media hasta nuestros días, los diversos factores de la vida europea han ido trasladándose sucesivamente del campo a la ciudad, mutación que, en el campo cultural, puede ejemplificarse tempranamente con el cambio del centro intelectual de los monasterios a las Universidades. Durante el siglo XVIII todavía era posible para numerosos intelectuales y eruditos llevar una vida relativamente apartada, rural, y seguir estando en el centro de la cultura (28). A partir de ahora, en cambio, la relación entre vida cultural y ciudad se hace prácticamente obligada, o al menos así lo sienten Mor de Fuentes y otros. Hemos visto, en las páginas anteriores, cómo estas nuevas hornadas de intelectuales, con un pie en el Antiguo Régimen y otro en el mundo moderno se conciben a sí mismos y desarrollan su conciencia como individuos (expresada en sus autobiografías) a través de una visión intelectualista de la vida, que encuentra en el espacio urbano su medio ambiente específico, su correlato casi obligado.

(27) Es notable la coincidencia de la observación de Mor con la que efectuó otro viajero español, que visitó París en 1787-1788, el marqués de Ureña: “La escalera [de la Biblioteca Real] está sucísima y es lástima que sólo se dé al público dos días por semana y sólo dos horas y media. Concurren muchas gentes y muchas damas que aquí no tienen entredicho en las concurrencias científicas” (*El viaje europeo del Marqués de Ureña (1787-1788)*, Unicaja, Cádiz 1992, p. 267).

(28) Gregorio Mayáns, por ejemplo, vivió una larguísima temporada en su pueblo, Oliva, entre 1739 y 1767, y ese alejamiento no le impidió ser una de las grandes figuras de la vida intelectual del momento.